

ECO DE OTRA ORILLA

U nos dos años permaneció Alberto Torres como contraamaestre del “Ríoacha”, barco que comandé hasta mi marcha del país, a quien recuerdo especialmente, entre otras razones, por la circunstancia obligada de sustituir la baja de su antecesor negro, trasladado a otro barco de la compañía. Medió una prueba para su elección, entre los cuatro tripulantes de cubierta, pues era preciso acondicionar el suministro de agua dulce para los indios, fundamental para la continuidad de los trabajos de estiba del yeso, siendo elegido el más veterano, blanco de unos cincuenta y cinco años, que dejó clara su competencia, entendiéndose lo suficiente con los nativos. Esto aconteció en mi segundo viaje al Cardón, un lugar perdido en la ancha costa de la Guajira colombiana, tierra del indio guayú, que había conocido algún tiempo antes en viajes a las salinas de Manaure.

Los repetidos viajes a los desolados parajes de la Guajira, me permitieron conocer al contraamaestre, de carácter abierto y dialogante, un tanto orgulloso, que me hizo relato de una aventura, de las muchas vividas en el Caribe, cuando aún no había cumplido los catorce años. Fue de un viaje con unos paisanos, de Tolú, de donde era natural, a la vecina costa panameña, con el propósito de recoger o apropiarse de las tortugas apesadas en las redes de los indios cunas, en la costa de San Blas, de innumerables islas. Antes de expresar el relato, con la coherencia posible, limitado a reflejar las impresiones del protagonista, hay que considerar esta aventura valorando la navegación en cayuco, nada apropiada para la mar, desde Tolú, corriendo la costa más de 320 kilómetros, en dos tramos separados por la ancha escotadura del golfo del Darién, hasta alcanzar la zona escogida. Es de estimar también, la época o los tiempos, para comprender o explicar el aspecto social o de costumbres, que entraña dicho viaje, hoy injustificable. Los riesgos de una travesía de esta naturaleza, constituyen, solo por realizarla, una aventura, siendo los acacimientos imprevistos, casi siempre dramáticos, los que le dan un carácter

trascendente, digno de relatarse. Ambas circunstancias se dan en el presente caso.

Aquella mañana fue, para Albertico Torres, inolvidable, finalizando la época de brisas, con la mar espejeante y clara como no lo había visto nunca. Había amanecido con inusitado brillo y el creciente calor era como una sensación nueva unida a la emoción de la aventura que iba a vivir en la mar, a la vista de los amigos en la inmensa playa; de su madre, más blanca entre la vecindad morena, y de Juancito, compañero infatigable de las excursiones por el litoral, que no hacía mas que mirar. Su padre, ausente demasiado tiempo, no contaba en sus pensamientos, mientras ayudaba al moreno Lisandro, de unos cuarenta años, y a José Felipe, primo lejano, diez años más joven, en los preparativos del cayuco “Largo”. Él era el tercer tripulante, por cumplir su catorce aniversario, de este viaje a la vecina costa de San Blas, al sur del archipiélago de Las Mulatas, a la captura de la tortuga. Todo dispuesto para la ausencia de seis días, con los enseres y condumio, al que había agregado su madre unos tamales especialmente preparados. Con los aparejos y equipo, llevaba la gorra de visera, un poco grande para su cabeza, que lo hacía casi extranjero, blanco y rubio, un tanto espigado. Todos sabían que el viaje era largo y tendrían que pernoctar dos noches al descubierto, antes de su término.

La lenta separación de la ribera, a canaleta, se hizo rápida al izarse la ancha y poco alzada vela del “Largo”, perdiéndose pronto la visión de la playa tras los manglares y cocoteros. El cayuco se deslizaba ligero, a poca distancia de la costa, ocupando el gordo Lisandro, responsable del viaje, la popa, con medio canaleta en el agua, entretenido José Felipe con la vela y las tiras del palo. A un cuerpo de distancia iba Albertico, transcurriendo el tiempo con normalidad, con alguna broma de Lisandro, para entrar en ambiente, con un calor soportable, a la vista de la costa cubierta por la misma vegetación. Fue, al principio, como otros viajes en cayuco por el golfo de Morrosquillo, con los comentarios del patrón.

Muy avanzada la tarde, arribaron, a la vista de punta Caribana, a una playa, donde pasaron la primera noche de descampada, luego de asegurar el cayuco. Al amanecerse hicieron a la mar, en las mismas condiciones, atravesando, con

mucho de monotonía, el gran espacio del golfo del Darién, avistando finalmente el llamado Cerro del Águila. Continuaron corriendo la costa hasta alcanzar, con las últimas luces del día, una ensenada arenosa, con algunos ranchos, entre una densa vegetación, donde volvieron a pernoctar; todavía se avistaba, esfumado en la distancia, el cabo Tiburón, que no podrá olvidar. Hasta aquí, para Albertico, el viaje había transcurrido normalmente, sin historia; luego sería rotundamente distinto, como si hubiera sido una pesadilla.

Con las luces del amanecer y medio cielo cubierto, inician la salida, recibiendo el viento de costado, algo fresco, que exigía vigilancia y algún esfuerzo para mantener la distancia conveniente de la costa. Por el tiempo transcurrido después de dejar el cabo, ya estaban en la zona, en plena costa panameña. Continuaron navegando algún tiempo, con dificultades por el aumento del viento y la mar, alcanzando el socaire de una isla que se avistaba, un tanto borrosa por la calima o tiempo. Era una de las zonas utilizadas por los cunas para el fondeo de sus redes, entre siete y diez millas de la costa, de forma parecida a los indios de la Guajira. Algo les costó dar con las primeras marcas o banderas, con que eran señaladas, que dificultaba la mar levantada. Todo hacía presagiar, sin embargo, ante el aguaje producido por un gran carey que se disponían abordar, que se remataría felizmente la aventura, de no aumentar lo que parecía viento fresco.

Y sucedió lo que hubieran advertido antes, de no estar distraídos con el primer hallazgo, que de pronto se hicieron visibles, como líneas negras trazadas sobre la mar sin color, tres cayucos en la distante silueta de la costa, haciendo exclamar a José Felipe, primero que los avistó ¡Mierda, Lisandro, ahí vienen los indios...! echando seguidamente mano a la palanca de la vela recién arriada y de cuya maniobra se había hecho cargo. Lisandro no se hizo repetir la inesperada y temida novedad, confirmándola con un gesto y guiño de ojos, procediendo a maniobrar nuevamente a la voz de ¡Vámonos, hijitos...!

Las embarcaciones de los indios, que posiblemente los habían visto, avanzaban rápidamente favorecidas por las raras condiciones del tiempo, plantado el viento de poniente, cerrando la visibilidad, con una mar que hacía difícil palear.

Albertico se había agarrado a la bancada del palo, ayudando eficazmente a montarlo, operación arriesgada con los pronunciados balances. No podía apartar la visión, cada vez mayor y amenazante, de los indios que se aproximaban, pues ya habían sido vistos, acompañando con gestos los vivos golpes de sus canaletes. Si Dios no los ayudaba, no podrían mantener la distancia de los que parecían, repentinamente, ser enemigos de toda la vida. Se veía atado a un poste, irremisiblemente, por los indios, en el que sería devorado por las grandes hormigas, o colgado hasta morir, cabeza abajo, como término de la aventura. Algo humedo y helado, a la vez, se había detenido en sus lagrimales, permaneciendo silencioso, atento a echar mano a las indicaciones que con gestos le hacía Felipe, pendiente de la voz de Lisandro para izar la vela. El viento poniente, que había sido contrario al final, resultaba favorable para alejarse de la zona. Lisandro, ocupando su posición como una pieza unida a la popa del cayuco, pero ágil de movimientos, mantenía firme el canaleta, que iba a tener mucha importancia a partir de aquel momento— ¡Arriba la vela, poco a poco...! indicaría con un gesto, a la vez tranquilo y enérgico, que remataría luego persiguiéndose. Así inició el “Largo” su separación de la peligrosa proximidad de los cayucos indios, dada la ventaja de la vela, navegando mejor y con más rapidez que los perseguidores, ya definitivamente alejados o perdidos de vista por la cerrazón y la mar.

El “Largo” se deslizaba ligero, con el viento a favor, pese a la mareta que en ocasiones inundaba la popa, pareciendo llevarse a Lisandro, cosa que podían confiar no ocurriría, presentando momentos de peligro cuando tras remontar una ola, quedaba atravesado al tiempo. Esta situación, con el viento racheado y variable, se hacía un tanto frecuente, pero contaba siempre con la atención del patrón. Albertico, llevado por la necesidad de decir algo, gritaría a Felipe, entre los silbos del viento—. ¡Se nos vá a partir el palo, Felipe...! Y súbitamente, como se había presentado momentos antes, una fuerte racha de costado, a la vez que se alzaba la popa, volteó lateralmente al cayuco, arrojándolos al agua. Sucedió tan rápidamente que la reacción la tuvieron cuando intentaban alcanzar la superficie, pero ninguno perdió su respectiva posición. Albertico, una vez librado de la masa de agua que se le había volcado encima, sin recibir ningún golpe, no se soltó del banco, exclamando, —¡Ay, virgen de la Candelaria, que nos comerá la sarda!... Pudo ver a Felipe, agarrado a la regala, quien le gritó. —¡Mierda, Albertico, no te sueltes de ahí, aunque te mueras!..., y luego a Lisandro, con el puño

de la escota, braceando hasta agarrar la argolla. Estaban en la mar a expensas de las picudas y tiburones, aunque Lisandro aseguraba que lo importante era aguantarse pegados al cayuco, pese a cualquier esfuerzo, sin pensar en otra cosa. La mar había aumentado a la caída de la tarde, permitiendo los períodos justos para asegurarse en sus posiciones y apreciar que todos estaban con fuerzas para continuar, voceándose sus nombres. Un frío nervioso se apoderó de los miembros del muchacho, sintiéndose incapaz de ningún otro movimiento que agarrar con fuerza la bancada, junto a Felipe, que parecía estar en su cometido normal, pese a la desesperada situación. Los momentos pasaban con enorme lentitud, barridos por las olas, con el obsesivo afán de aguantar de la forma que fuera, mordiendo unas filásticas para reaccionar de la obligada inmovilidad. Llevarían tres o cuatro horas en esta situación, cuando se hizo presente el cerro de un tiburón, que pasó rozando el cayuco. —¡Dios mío, Lisandro, una sarda!, exclamó, como si hubiera visto a este peligroso habitante del mar por primera vez, pensando que los males sufridos, solo habían sido el principio. Como siempre, lo callaría el patrón—. ¡Albertico, no seas pendejo! ¡Asegúrate ahí, que mañana templaremos en tierra!...

Oscurió lentamente, haciéndose una noche inacabable para los tres hombres, asidos con desesperación al cayuco trabucado, incesantemente batido por el oleaje y el viento, con la angustia del cerco de media docena de tiburones, que combatían procurando conservar la mayor inmovilidad. Pasada la media noche, con la visión de una luna velada, se insinuó una mejoría del tiempo, debilitándose el viento y la mar, que aliviando sus esfuerzos, los infundió renovada esperanza. El frío era relativo en aquella zona tórrida, pero la obligada permanencia en el agua, había agotado considerablemente sus fuerzas. Fue entonces cuando ocurrió lo que tanto habían deseado e imposible de conseguir, de partirse, por la base, el palo de la vela, que mantenía al cayuco de costado, permitiéndole girar sobre su fondo y quedar en posición normal. Fue, por segundos, las situación más peligrosa para los tres hombres, dada la proximidad de los tiburones, rozando uno de ellos, casi inmediatamente, a Albertico. La situación se había transformado, milagrosamente, en firme esperanza, y con esfuerzos, dado sus estados de debilidad, pudieron embarcarse nuevamente, asidos a los cabos que retenían, a lo largo del cayuco, el palo y la vela, o sus restos.

Al amanecer mejoró sensiblemente el tiempo, permitiéndoles iniciar el achique del cayuco, operación hartamente dificultosa al principio por la inestabilidad de los tres

hombres, resultando del mayor servicio la conservación de la totuma. Los tiburones continuaban la guardia, con giros lentos e incansables, en torno a la embarcación, con los cerros y los morros al alcance de los hombres en demasiadas ocasiones. Poco a poco, el viento, rolando al norte, los favorecía, acercándolos a la costa. Luego cobrarían el palo y un retazo de vela, que les pareció imposible poco antes. Fue curiosamente en las proximidades de cabo Tiburón, no lejos de donde habían salido la mañana anterior, ribera bien conocida por Lisandro. El regreso a Tolú, tras las reparaciones que pudieron efectuar, auxiliados por unos pescadores, fue un tanto mecánico, recordando vagamente Albertico los angustiosos momentos del drama, que pudo tener el peor final. Tres días después de la milagrosa escapada, volvió a pisar la estera de su casa, abrazando a su madre con la emoción más profunda de su vida. Pasaría más de un año para volver a mojarse los pies en agua salada...

Mucho tiempo había pasado de esta aventura de adolescente de Alberto Torres, con el mismo talante y disposiciones que cuando lo conocí, pero, como en un sólo bloque, asimismo pesaban sus defectos o limitaciones, evidente en un empecinamiento que motivó su desembarco del “Riohacha”. Por tozudez u orgullo, se malogró su incorporación a sus funciones en la maestranza de cubierta, con la responsabilidad de un equipo, que había abandonado en puerto en repetida jornada; no estaba en su código retractarse, aunque reconociera el error. De esta índole era nuestro hombre, que con pesar, tuvo que dar de baja de la tripulación.

Meses después, en los preparativos de dejar el país, se corrió la noticia del naufragio de un pequeño barco de cabotaje, a pocas millas de Bocas de Ceniza, zona de muchos trágicos accidentes. Días más tarde llegó a mis manos un periódico, con senda fotografía, dando cuenta del rescate de los naufragos, con la huella de los dramáticos momentos vividos en la mar. Todos tenían la deformante impresión del siniestro, menos uno, reconociendo de inmediato al antiguo contramaestre, con se peculiar actitud y aire desafiante. Como muchos acontecimientos de esta alucinante costa del Caribe, perdidos en el olvido, nuestro hombre, ya mayor, pero con un fuego que no se había disipado, volvió a participar en otra aventura, un naufragio, en una zona del mayor peligro por la presencia de tiburones, reviviendo, con entereza, un dramático pasado. Así era Alberto Torres. Tipo inolvidable.

VINICIO MARCOS TRUJILLO HERNÁNDEZ